

























Valórese la importancia del tratado si reflexionamos —como en la introducción se dice— que pudo conocerse en círculos como el de Juan Herrera, en una época en que la fábrica del Escorial y otras menos ambiciosas, pero muy importantes, requerían siempre de excelentes maestros de cantería. Ciencia ésta que no sólo en la península sino también en las colonias preocupó a los arquitectos, según sabemos de Claudio de Arciniega que cuidadosamente instruía con moldes y medidas a sus canteros.

Como lo haría más tarde nuestro fray Andrés de San Miguel, Vandelvira inicia su libro con un capítulo de geometría, basándose seguramente en *Fragmentos matemáticos* de Juan Pérez de Moya, y acaso también en los *Elementos* de Euclides, que corrían impresos desde 1570 y que en 1576 fueron puestos en lengua de Castilla por Rodrigo Zamorano. Terminada la parte de geometría, realmente breve, entra a enseñar —siempre sirviéndose de los dibujos preparados por su padre Andrés— cómo se trazan en el plano las pechinas, arcos, capialzados, escaleras, capillas y troneras.

No escapará al estudioso de la historia del arte la importancia que reviste el poder consultar a un tratadista en la fuente misma, ahora accesible por la paleografía, anotaciones y estudio de un especialista como la profesora Geneviève Barbé.

E. B. M.